

ANTONIO LÓPEZ GÓMEZ, CLIMATÓLOGO PIONERO

Vicenç M. ROSSELLÓ
Universitat de València

Como tantos otros geógrafos de su generación y de la inmediata posterior, el profesor López Gómez tuvo que afrontar el dilema planteado entre la geografía integral y la especialización, que en algunos momentos se convirtió en contraste de tradición y modernidad. Su visión insobornable de la unidad de la geografía, que se apoyaba en una sólida y amplísima formación humanística y científica, no le impidió atender aspectos concretos de diversas disciplinas que tentaron su curiosidad universal. Sin ser ni de lejos eso que los catalanófonos llamamos un *tastaolletes*, trabajó en profundidad temas tan divergentes como el regadío y la cartografía setecentista, la estructura demográfica y el abastecimiento de víveres, la transhumancia y la casa rural, la minería del mercurio o de la sal y las riadas, el desarrollo urbano y la circulación atmosférica, las presas de riego y los ferrocarriles metropolitanos...

El medio siglo de atraso que llevaba la geografía española en la década de los 1950, hubo de colmarlo Antonio López —como la mayoría de sus escasos colegas— con autodidactismo y numerosas lecturas, algo mucho más arduo entonces que ahora; el acceso a las publicaciones extranjeras era casi imposible, exceptuada la ventana del C.S.I.C., heredero de la Junta de Ampliación de Estudios, y la gran biblioteca del Instituto J.S. Elcano. La extensa documentación de nuestro personaje y su meticulosa cita son fácilmente comprobables en su dilatada obra. No es extraño a ella un detalle que habrá pasado inadvertido: López y sus alumnos abreviaba y abreviamos *oeste* con la mayúscula W.

El maestro López Gómez nos convenció —casi coaccionó— a los primeros discípulos para elaborar tesis “regionales” al estilo francés de anteguerra. Ni mis compañeros —según creo— ni yo nos arrepentimos en lo más mínimo y además estoy convencido de que la geografía española, sobre todo la de algunos países o territorios como el valenciano, se benefició ampliamente. Sin alcanzar la “gran síntesis” que alguien había soñado, pudimos después recorrer la segunda etapa que se abriría en la década de los 1970.

Con acierto o sin el (en otro lugar he manifestado mi cambio de opinión) se habían establecido desde arriba las “áreas de conocimiento”, tres en el caso de la geografía académica. A la hora de optar por una de ellas, López Gómez, uno de los profesores que más había trabajado en aspectos de esta orientación, no escogió la Geografía física, ni siquiera el Análisis geográfico regional (que se presentaba como refugio de los geógrafos “integrales”), sino que prudente y un tanto temerosamente se quedó en Geografía humana. Cuando otros habíamos dado ya el temerario paso al frente (1970) con tesis doctorales de contenido únicamente físico, su primera tesis dirigida en climatología data de 1979. Le había costado, el cambio.

La incardinación del clima en la geografía física, sustrayéndolo en cierto modo del ámbito de la meteorología, tenía ya cierta tradición, al menos desde los geógrafos franceses E. de Martonne y M. Sorre y de la mayoría de tratadistas americanos. Sin embargo, el capítulo correspondiente de la “canónica” *Geografía de España y Portugal*, dirigida por Manuel de Terán, lo había redactado (1954) un geólogo, cuando la escasa investigación de entonces estaba en manos de los físicos del aire a los que se acercó el joven geógrafo. Efectivamente López Gómez tuvo trato asiduo con A. Linés, J.M. Jansà, J. Català, J. Miró-Granada y otros físicos que participaban de sus inquietudes y siempre le tuvieron gran estima.

La lectura diaria del *Boletín Meteorológico* y su comentario en pequeño comité era algo asumido en el viejo “seminario” de geografía de Valencia. La climatología sinóptica se iba introduciendo entre sus alumnos cuando todavía -los universitarios- no teníamos aparato de televisión en la que Mariano Medina hacía sus primeras armas con los mapas del tiempo y su predicción. Aquellos a la larga acabarían popularizando una disciplina arcana. En sus lecciones de Geografía general -segundo curso de la antigua licenciatura en Historia -Antonio López (sin quererlo, decía) siempre se excedía dedicando un trimestre y algo más a la climatología. A cambio de ello, los estudiantes se veían obligados a preparar con un manual, el enorme Alix, más de un tema de geografía humana. Eran otros tiempos. El desequilibrio, en todo caso, era compensado por una concienzuda labor pedagógica que tenía sus fundamentos en la formación institucionista, heredada del maestro Terán. No puedo menos de recordar, a propósito, la preocupación de López Gómez por la enseñanza secundaria que le hizo mentor de varias generaciones de profesores de instituto y le llevó a confeccionar unos de sus libros más fecundos y reeditados, el *Atlas de Bachillerato Universal y de España* de la editorial Aguilar, donde el clima tenía un buen papel. Este papel se tradujo en la habitual inclusión en el ejercicio práctico de las viejas oposiciones -tanto de instituto como de universidad- del comentario de mapas del tiempo.

*

*

*

Sin duda alguna, el principal logro del profesor en el tema que nos ocupa fue el de crear entre los geógrafos un clima propicio para el estudio del clima y que se me perdone la redundancia. Lo consiguió con esfuerzo y tesón después de años de empeño solitario. El libro que tenemos en la mano la atestigua suficientemente.

Antonio López Gómez fue el primer geógrafo que comentó y estudió sistemáticamente mapas sinópticos y en altitud cuando nadie sabía qué era una oclusión ni una seclusión y menos la ahora vulgarizada -y mal entendida- “gota de aire frío”. El año 1952 escribía sobre los monzones y el 1955 sobre el *jet stream* o corriente en chorro y sus consecuencias a nivel del suelo. Si L. García Sainz -su peculiar y controvertido predecesor en la cátedra de Valencia- había ya tratado los temporales de levante (1959), López Gómez afinó con un mayor bagaje científico su interpretación, pero fueron dos acontecimientos extraordinarios, la helada de febrero de 1956 (que yo padecía sobre una motocicleta) y las riadas del Turía de octubre de 1957 y 1982, los que provocaron enjundiosos trabajos de nuestro catedrático.

Ya en 1954 había visitado el tema del clima urbano donde también fue pionero, pero años después de su definitivo traslado a Madrid, su ciudad natal, acometió con un buen grupo de seguidores y discípulos el estudio de la isla de calor, con técnicas cada vez más perfeccionadas. De principios de los 1980 recuerdo todavía como me hablaba de su proyecto con un entusiasmo verdaderamente juvenil. La pluridisciplinariedad, que había practicado en sus inicios de climatólogo, volvió a imponerse en una serie de investigaciones modélicas.

Noviembre de 2001